COLECCIÓN
MINIBIBLIOTECA

Trapito

RICITOS DE ORO

(Adaptación del cuento popular)

COLECCIÓN
MINIBIBLIOTECA

Trapito

Había una vez una familia de osos que vivía en una encantadora cabaña en medio de un bosque. Mamá Osa era muy ordenada y le gustaba preparar deliciosos platos para agasajar

a Papá Oso, su querido y valiente marido, y a Osito Bebé, el único pequeñín dulce y mimoso que tenía el matrimonio.

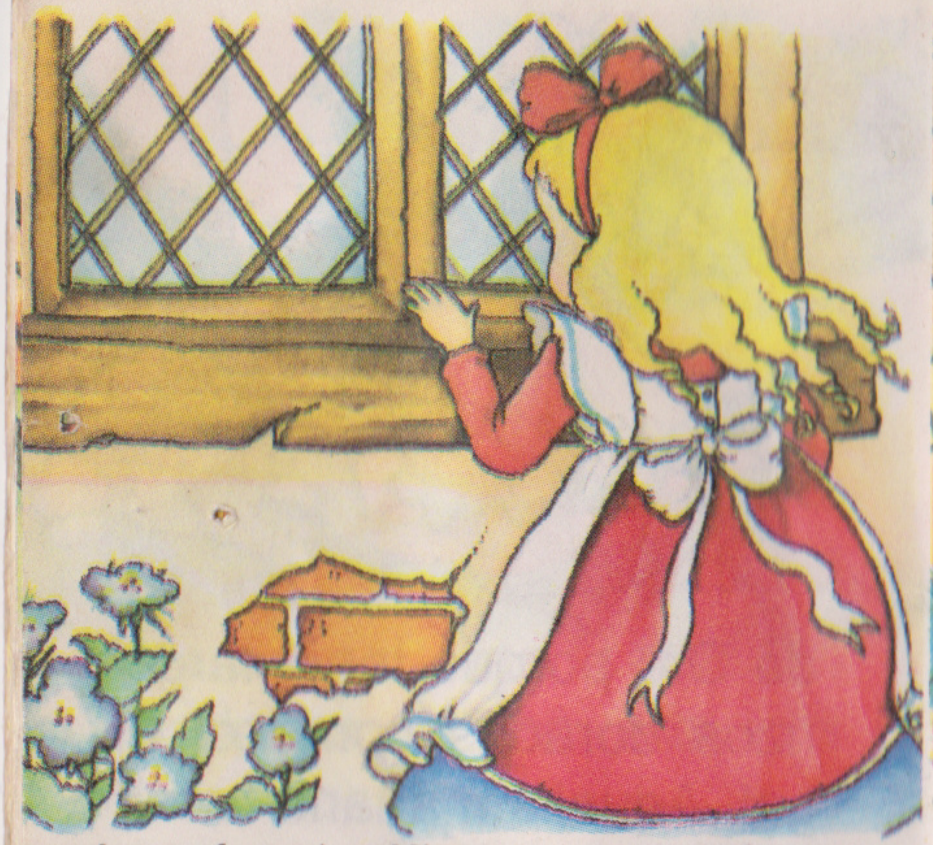
Un domingo, Mamá Osa se levantó más temprano y preparó el desayuno. Sirvió la leche en tres tazones de distintos tamaños y cortó tres porciones de tarta de nueces recién horneada, que colocó en diferentes platos, pero como todo estaba muy caliente aún y el

día se presentaba radiante, los osos decidieron dar un paseo antes de saborearlo. Así fue como dejaron todo listo y, alegres, se marcharon dispuestos a disfrutar de los tibios rayos del sol

primaveral, las coloridas mariposas y los arbustos florecidos.

En las afueras del mismo bosque vivía una nena tan traviesa como curiosa a la que todos llamaban Ricitos

de Oro porque tenía largos rizos dorados como el trigal. Aquella mañana la mamá la había enviado hasta la orilla del río en busca de flores silvestres para adornar los jarrones de la casa.

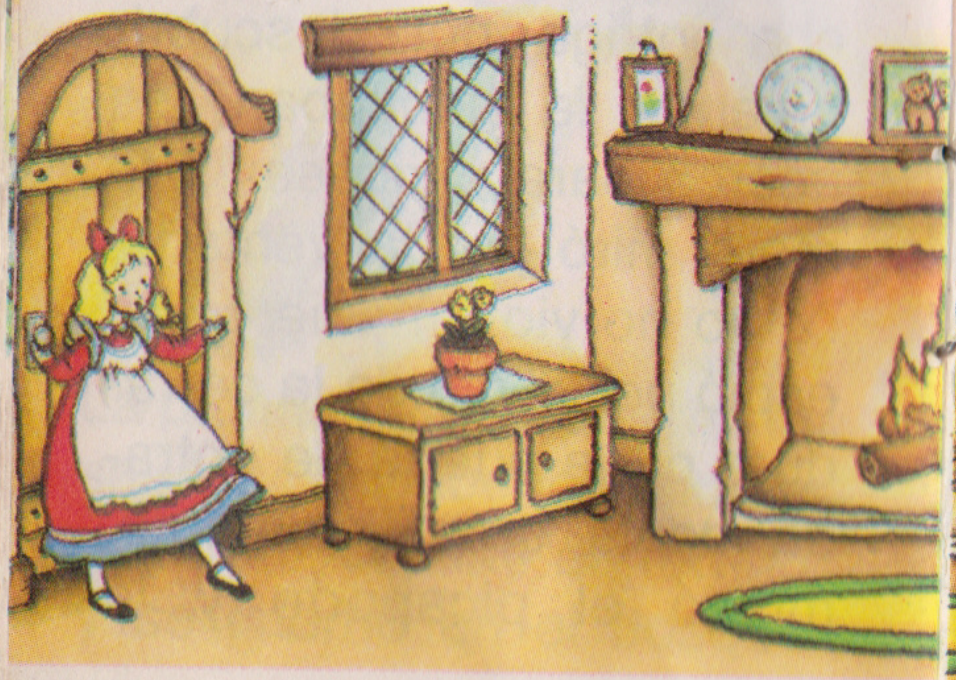


La pícara niña aprovechó la salida y, desobedeciendo a su mami, cambió de rumbo y se internó en el bosque

para explorar aquel lugar desconocido y lleno de novedades. Caminó distraída por el sendero hasta que se topó con la bonita cabaña de los osos y, sintiendo mucha intriga por descubrir quiénes la habitaban, se acercó para curiosear. Primero miró por la ventana, como no vio a nadie cerca espió por el ojo de la cerradura de la puerta de entrada hasta que, finalmente, movió el picaporte y la

puerta se abrió sin ruido, porque no tenía puesto el cerrojo.

"¡Qué buena suerte!", pensó Ricitos de Oro, mientras entraba y, diverti-



da, comenzó a inspeccionar los adornos y muebles de la acogedora casita. Un olor dulce y tentador le abrió el apetito y la guió directamente a la cocina.

¡Qué maravilla! En la mesa estaban las tazas con la leche humeante, las porciones de tarta y las cucharas, todo perfectamente ordenado. Ricitos de Oro tomó una cuchara, la introdujo en el recipiente más grande, que pertenecía a Papá Oso, y probó un poquito, pero enseguida lo dejó porque la leche estaba demasiado caliente; escogió el bol mediano, el de Mamá Osa, y sorbió, sin embargo,

tampoco le gustó, pues la leche estaba muy fría. Al fin, buscó el tazón más chico, que era el del Osito Bebé, y al probar la leche descubrió con placer que ésta

estaba tibia, justo como a ella le gustaba y, sin respirar casi, se la bebió hasta la última gota. Otro tanto sucedió con los pedazos de pastel. El de Papá Oso era muy grande, así que sólo

damente dormida.

A media mañana la familia de los osos regresó de su linda caminata. Los tres osos abrieron la puerta y

fueron directamente a la cocina porque estaban hambrientos. Mas,... ¡qué desagradable sorpresa se llevaron!

Papá Oso, mirando su tazón y plato, exclamó: -¡Alguien ha probado mi desayuno!

Mamá Osa, algo extrañada, replicó: -¡Alguien también ha saboreado el mío!

Pero Osito Bebé, que encontró su recipiente y plato vacíos, se quejó: -¡Alguien se ha devorado el mío!

Así fue como descubrieron que un intruso se había metido en la casa mientras

ellos estaban afuera y quisieron sorprender al pillueelo. Fueron hasta la sala de estar y Papá Oso, echando una mirada alrededor, refunfuñó: -¡Alguien se ha sentado en mi silla!

Mamá Osa, fijándose más, rezongó: -¡Alguien también se ha acomodado en mi asiento!

Y Osito Bebé, con lágrimas de tristeza en sus grandes ojos, concluyó: -¡Oh! ¡Alguien ha roto mi sillita!

Muy preocupados siguieron buscando por los rincones y después subieron a la habitación. Al entrar, Papá Oso gritó con su voz de

trombón: -¡Alguien ha probado mi cama!

Mamá Osa, con su voz de mandolina, agregó: -¡Alguien también se ha acos-

tado en la mía!

-¡Miren! -sollozó Osito Bebé con su voz de flautín- ¡Alguien está dormido en mi camita!

Aquellos gritos de asombro despertaron a Ricitos de Oro que, sorprendida, vio cómo la familia de osos la miraba con el entrecejo muy fruncido. Entonces, sin perder un instante, abrió la ventana y descendió por la enredadera. Una vez en el jardín echó a correr hasta su casa. Su mamá la vio llegar con los bucles alborotados, las mejillas coloradas como las guindas y sin las florecitas que le había

pedido, entonces comprendió que su hijita había estado haciendo alguna travesura.

Más tarde, los padres de Ricitos de Oro tuvieron una

larga y seria charla con su pícara hija y la pequeña aprendió la lección.

Cuentan las mariposas del bosque que, después de aquel episodio Ricitos

de Oro regresó muchas veces a la cabaña de los osos, aunque ya no para curiosear, sino para jugar con Osito Bebé, que a partir de entonces se convirtió en su mejor amigo.

© PRODUCCIONES GARCÍA FERRÉ
Esta edición circula gratuitamente con la Revista Anteojito y está prohibida su venta por separado. Impreso en Editorial Lord Cochrane S.A. - Chile. Este ejemplar integra la edición Nº 1600 de Revista Anteojito del 7 de noviembre de 1995.
I.S.B.N. Nº 987-9032-12-8.